

# LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS  
DE BARCELONA

---

## SECCION OFICIAL

---

### VELADA LITERARIO-MUSICAL

*celebrada por la Academia Calasancia el domingo día 8 del corriente.*

Ante una concurrencia numerosísima y distinguida, celebró nuestra Academia la inauguración del presente curso con una sesión pública, que fué presidida por el M. Rdo. P. Francisco Clerch, Asistente General de las Escuelas Pías. El acto tuvo efecto, como de costumbre, en el Salón de Actos del Colegio.

Abrió la sesión el infrascrito secretario, leyendo una Memoria del origen y desenvolvimiento de la Academia Calasancia, manifestando que no es una Asociación sin precedentes, sino que debe ser considerada como fruto espontáneo de las Escuelas Pías.

El Srto. D. Francisco Pelegrín y el profesor D. Plácido Lupresti, ejecutaron á cuatro manos la pieza para piano «Si fuese Rey.»

Acto seguido, el señor Presidente de la Junta directiva, D. Narciso Plá y Deniel, que ocupaba asiento junto al sillón presidencial, levantóse para pronunciar el discurso inaugural.

En un exordio primorosísimo, empieza felicitándose de los progresos realizados por la Academia Calasancia en los cuatro años que lleva de existencia. Dice en un arranque de modestia, que el único error cometido por la misma consiste en haberle elegido Presidente, y que si algo puede explicar esa elección, es el profundo amor que siempre la ha profesado. En el deber de pronunciar un discurso inaugural digno de los que le escuchaban, opina que el tema del día es el Racionalismo, en el cual van involucrados todos los errores modernos, y cuya exacta definición hay que ir á buscar en el *Syllabus* de Pío IX. En contraposición al Racionalismo, no hay más que recordar las glorias del Cristianismo, pero no lo hace porque eso le llevaría á pretender un imposible, y además tampoco es necesario, porque las tienen todos bien presentes.

No puede condenarse al Renacimiento, por el hecho de haber despertado cierto movimiento simpático hacia la belleza de Roma y de Grecia, pues habría que condenar á la Filosofía escolástica, por haberse inspirado en el idealismo de Platón, y en el rigorismo dialéctico de Aristóteles.

Niega que el Renacimiento diera origen al Racionalismo, pues este error arranca del Protestantismo. No niega ni afirma que Descartes merezca el título de padre del Racionalismo; pero dice que no puede invocar el nombre glorioso de este filósofo sin profundo respeto. Descartes pudo errar, pudo, si se quiere, alentar al Racionalismo; pero no fué jamás racionalista, porque siempre se mantuvo adicto á la Iglesia.

Kant fué quien verdaderamente se erigió en padre indiscutible del Racionalismo con su *Crítica de la razón pura*; por lo cual cayó en los más lamentables errores y contradicciones, llevando en la misma pena el condigno castigo.

Resume los diversos sistemas heterodoxos, demostrando que todos se refutan por sí mismos. En muy hermosos períodos, burlase de las teorías de los sabios modernos, los cuales pretenden destruir «con una ciencia vacía de realidad positiva,» la verdad eterna. Mas aunque en la actualidad, las fuerzas de que dispone el Racionalismo son grandes, resultan inútiles, porque el Cristianismo es incommovible. Además, el Racionalismo carece de ideal, y éste es necesario para no caer en el embrutecimiento.

En contraposición á semejantes errores, expone sumariamente el sistema de la Creación y Redención, como el más noble y levantado y el único verdadero.

Los racionalistas han querido ser dioses, y por esto, como nuestros primeros Padres, han caído en las tinieblas.

Y después de manifestar que la premura del tiempo le impide hacerse cargo de objeciones de carácter secundario, termina brillantemente dirigiéndose á los Académicos, á los cuales dice que si en todos tiempos ha sido necesaria la virtud, hoy es indispensable acompañarla del saber; pero como los lazos que en el terreno científico se nos tienden son muchos, debemos antes de entregarnos al estudio, y luego en las dudas que nos asalten, repetir aquella oración, que el más grande de los metafísicos modernos, Balmes, rezaba en análogas ocasiones.

El discurso del señor Plá y Deniel fué elocuentísimo en todas sus partes, y por esto la concurrencia le interrumpió varias veces con nutridos aplausos, que al final se prolongaron por mucho tiempo.

El Srto. D. Pedro Cabot y el profesor D. José Sala, ejecutaron á cuatro manos el «Wals de Salón, del Dinorá;» el Srto. D. Francisco Ortega recitó con singular donaire la fábula «El ánade y el caracol;» el académico D. Juan Gui, leyó con animada entonación su composición literaria «Una lágrima,» y el Srto. D. Emilio Vallés recitó la poesía «Una limosna por Dios;» siendo todos muy aplaudidos.

También lo fueron los académicos D. Mariano Tomás, D. Mariano Vinyas y D. Rufino Depares, que ejecutaron un «Trio» de Stradella para violoncello, armonium y piano; así como el Srto. D. Ismael de Bofarull, que recitó la poesía de Piferrer «La cascada y la campana.»

D. Camilo Vallés leyó un discurso muy razonado en el que combatió la enseñanza laica, apoyándose en poderosos argumentos. Fué muy aplaudido, y satisfizo plenamente al auditorio.

D. Alfredo Elías leyó magistralmente la poesía de Manuel del Palacio «La libertad,» alcanzando muchos aplausos, hasta el punto de tener que repetir la lectura.

Por último, D. Mariano Vinyas obtuvo también un gran éxito interpretando la difícil «Polonesa de concierto» de Raff, con la cual ter-

minó la Velada, que dejó gratísima impresión en la escogida concurrencia que asistió á la misma.

El Secretario,  
JUAN BURGADA JULIÁ.

Se suplica á los Sres. Académicos, la asistencia á la sesión privada, que tendrá lugar el próximo domingo, día 22, á las diez de la mañana. Barcelona 16 de Noviembre de 1891.

El presidente,  
NARCISO PLÁ Y DENIEL.

---

---

MEMORIA LEÍDA POR EL SECRETARIO DE LA ACADEMIA CALASANCIA

**D. Juan Burgada Juliá**

*en la sesión pública del día 8 de Noviembre de 1891.*

SEÑORES:

Hoy que la Academia Calasancia se presenta definitivamente organizada en todo su complemento, justo es que, siguiendo la costumbre establecida para estos casos, volvamos por un momento la vista atrás, para que considerando el pasado, podamos fácilmente vislumbrar lo porvenir.

Cuatro años há que nuestra Academia fué fundada por iniciativa y bajo la dirección de los PP. Escolapios. Nacida al amparo del Colegio en donde nos instruimos y educamos, aquí tuvo siempre su albergue y éste fué su centro de acción.

En sus comienzos, nuestra Academia estaba compuesta solamente de varios de los más distinguidos alumnos que á la sazón asistían al Colegio: origen con menos pretensiones, es imposible encontrarlo. Nuestra Academia entonces no era Academia, antes bien era tan sólo una especie de Congregación interior, cuyos individuos se solazaban en ejercicios literario-musicales algunas veces al año, leyendo poesías de inspirados autores, ejecutando al piano la composición últimamente aprendida, y á lo más componiendo en prosa trabajitos calcados sobre el libro de texto. Y no pasó de aquí en su principio.

Pero no tardó la crisálida en convertirse en mariposa, porque aquel primitivo organismo celular sentíase con vida rebosante, poderosa, y sólo le faltaban los solícitos cuidados, de que al nacer necesita todo viviente para adquirir la constitución de cuerpo robusto, con existencia propia.

En vista del buen acogimiento que recibían los trabajos académicos, se dió cierta amplitud á las primitivas bases, admitiendo también en la Academia, á los exalumnos del Colegio que lo

solicitaran; y un año después, se modificaban las bases para satisfacer los deseos de gran número de jóvenes, que no podían formar parte de nuestra Asociación, por no reunir todas las circunstancias que las primeras exigían; y se acordó que los jóvenes que no fueron discípulos de las Escuelas Pías, podían ingresar en calidad de socios aspirantes, y que para serlo de número, debían presentar á la Junta Directiva un trabajo que mereciese la aprobación de la misma.

A todo esto, la Academia Calasancia había celebrado algunas veladas que llamaron verdaderamente la atención, y que atraerón á estos salones gran concurrencia; como que en ellas comenzaron á hacer alarde de felices disposiciones algunos de sus individuos, que luego han alcanzado brillantes triunfos en este mismo sitio y en otras esferas del dominio público. Nuestra Asociación era ya generalmente respetada.

Y vino por fin—para no engolfarme en detalles—la constitución de la Junta directiva, y comprendiendo ésta que el terreno estaba ya suficientemente abonado, se apresuró á echar la semilla, que no otra cosa es el haber organizado y regularizado las sesiones privadas, de las cuales deben ser fruto las veladas públicas; y más que todo, el haber emprendido la publicación de una Revista bimensual, órgano de nuestra Academia, cuyo nombre lleva y cuyo primer número vió ayer la luz.

Ya veis, señores, la gradación por qué ha ido ascendiendo la Academia Calasancia en los cuatro años que lleva de existencia; cuatro años que no nos pesa haber dejado transcurrir sin impaciencia, antes de dar manifestaciones de vitalidad potente, porque nos consta muy bien que las sociedades destinadas á larga vida no se desarrollan en un momento, como en un día no se propagan las costumbres, ni se desenvuelven las ideas.

Si ahora, señores, después de conocer el origen primario de la Academia Calasancia, deseais alcanzar su primera causa y los motivos de su existencia; si recordándome que una Memoria no ha de ser sencillamente un acta breve y concisa, sino que ocupando un lugar intermedio entre el laconismo de un acta y la libre amplitud de un discurso, debe adoptar de la primera la reseña fidelísima de los hechos, y del segundo las leyes en que éstos se fundan, su razón de ser, su filosofía; si, conminándome con todas estas razones poderosísimas, queréis que os diga á qué objeto obedece nuestra Academia, la misión que debe cumplir, de dónde arranca, qué se propone, ¡ah, señores! debo manifestaros que sufrís lastimosa equivocación si pensáis que la Academia Calasancia debe su existencia simplemente al entusiasmo de unos cuantos jóvenes adictos á la Iglesia Católica; ni mucho menos, á un pueril deseo de satisfacer una vanidad, que á Dios gracias no tenemos, de venir á patentizaros los adelantos que hayamos podido hacer, pronunciando discursos que, benévolo,

aplaudís, leyendo poesías que, indulgentes, celebrais, y ejecutando composiciones de reputados maestros; no, la Academia Calasancia no es fruto de pasajero entusiasmo; no es tampoco fútil pretexto para recabar un aplauso, aunque éste lleve el aliciente de proceder de auditorios tan brillantes como el que hoy nos honra con su asistencia. La Academia Calasancia no ha nacido en un día, para languidecer luego en agonía lentísima, ni está destinada á arrastrar una existencia efímera como el heno «á la mañana verde, seco á la tarde,» según la expresión de Rioja, tomada del texto sagrado, ó como la flor del almendro que apenas nacida se marchita, perdiendo sus perfumes y su nitidez purísima. No; nuestra Asociación no ha sido improvisada: tiene un origen muy alto, la adornan históricos antecedentes y ha sido impuesta por las necesidades de los tiempos. Oídme y os venceréis.

Allá, en el primer tercio del siglo xvii, en un retirado aposento de la Capital del Orbe católico, hállanse reunidos varios niños que escuchan atentos la voz autorizada de un hombre de aspecto noble, que inspira confianza y respeto á la vez. El hombre, que viste hábito sacerdotal, es San José de Calasanz, y los niños, los primeros discípulos de la Escuela Pía, recién fundada.

Hincanse todos de rodillas y rezan, rezan una plegaria tiernísima, tal vez aquella sin igual «Coronilla» que nosotros, señores Académicos, rezamos todos los días para que la Virgen no nos desampare. Como atraída por el aroma de las virtudes del Santo y por los arpegios de aquellas gargantas infantiles, aparécese la Virgen á sus devotos, llevando en brazos al Niño Jesús, y haciendo estremecer la estancia, que bañada en resplandor divino queda, como quedan inundados de inefable dicha los corazones de los circunstantes. Vuelve la bendita Madre sus ojos al divino Infante y le dice: «Ya conoces, hijo mío, el amor que me profesa ese santo Varón, ya ves su obra: bendice, pues, á uno y otra; bendice á la Escuela Pía con todos los profesores que de ella forman parte; bendice á estos pobres niños y á sus condiscípulos, y á cuantos dentro de esta Institución á mí consagrada, enseñen, en adelante, ó aprendan con las humanas letras la piedad cristiana. Que sean siempre unos y otros centinelas avanzados de la Fe, y que en todos tiempos y en cualquier terreno, por la Fe combatan en nombre mío.»

El deseo de la Virgen fué inmediatamente satisfecho. Sucesores nosotros, señores Académicos, de aquellos afortunados niños, llevamos todos la bendición de Cristo Jesús sobre nuestras frentes.

La Escuela Pía siguió triunfante su marcha á través de los tiempos; á pesar de todas las contrariedades y de las infamias de que en un principio estuvo á punto de ser víctima. Organismo de compleción robusta y bien constituido, ha sabido adap-

tarse á las necesidades de cada época, salvando sus vicisitudes; y sin alterar en lo más mínimo su íntimo esencial modo de ser, siempre ha estado acertada en encontrar el medio de salir ilesa de las continuas evoluciones de ideas, usos y costumbres, como en hermoso escrito reconocia há pocos meses el ilustre cardenal Monescillo y Viso. Habiendo vivido sin cesar al amparo de la Iglesia y con la Iglesia constantemente identificada, puede decirse de la obra de San José de Calasanz lo mismo exactamente que de la obra de Cristo nuestro Señor decía el inmortal Balmes: «sin hacer traición á la verdad, no ha perdido de vista el curso de las ideas; sin sacrificar á las pasiones la santidad de la moral, ha tenido en cuenta las mudanzas de los hábitos y de las costumbres; sin alterar su organización interior en lo que tiene de inalterable y de eterno, ha creado infinita variedad de instituciones acomodadas á las necesidades de los pueblos sometidos á su Fe.»

También, señores, la Escuela Pia ha observado, dentro de su propia esfera, la misma conducta, y así es que, docente, ha seguido avizora los progresos de la ciencia, y ateniéndose á los últimos procedimientos, ha sabido acomodarse á las últimas evoluciones de la Pedagogía; educadora, nunca ha echado en olvido las exigencias de cada época, respetándolas en cuanto no se han opuesto al genuino espíritu cristiano, que es inalterable en su propia esencia y en sus estrictas manifestaciones. Y llegamos al examen del último termino de la semejanza, que ha debido realizarse precisamente en estos nuestros tiempos; tiempos que sin ser en el fondo peores que los que les precedieron, se caracterizan, no obstante, por la preponderancia de la revolución más descocada, más impúdica que se viera jamás. Merced á esa condición de todas las ideas, á ese libertinaje espantoso, se puede atacar pública é impunemente, en los periódicos, en los casinos, en la misma cátedra—¡vergüenza causa decirlo!—en el sagrado de la cátedra, los dogmas sacrosantos de nuestra Religión, aún en naciones oficialmente católicas.

De aquí nace un gran peligro para los jóvenes que salen del Colegio en edad temprana, cuando todavía no están curtidos en esa lucha que nos aniquila, de ideas, de principios y de tendencias. Entrando en un mundo nuevo para respirar un ambiente corrompido, fácil era que, faltos de experiencia, se dejasen esos jóvenes arrastrar por la corriente impetuosa del siglo, que su alma pereciese asfixiada en esa atmósfera letal en que se nutren las pasiones, consagradas por una novísima enseñanza sin Dios y sancionadas por el positivismo de la época. Pero el P. José, como cariñosamente llama á nuestro Patrón el mentado Arzobispo de Valencia, el buen P. José, que al velar por la Escuela Pia, se interesa vivisimamente por sus discípulos, no queriendo que éstos, al emanciparse del Colegio, perdiesen su

fe, deslumbrados por los sofismas con que se la ataca, sugirió á sus beneméritos hijos la idea de fundar asociaciones, como la que tenemos el honor de constituir y las que van apareciendo en diversos puntos de España, donde quiera que existe un Colegio de PP. Escolapios; asociaciones en las que los jóvenes podamos encontrar, amaestrándonos en la ciencia cristiana, refugio seguro contra los embates del error.

Ahi teneis explicado, señores, cómo vino á organizarse nuestra Academia: hé aqui por qué os decía que tiene un origen muy alto y que la adornan históricos antecedentes. Y no creais que lo dicho sea pura fantasía ó prurito de apurar la quinta esencia de las cosas, no. Este es el resultado que obtendrá cualquiera que reflexione sobre la índole de nuestra asociación y el papel que esta llamada á desempeñar. La Academia Calasancia es fruto espontáneo de la Escuela Pia, de manera idéntica que la Escuela Pia es fruto espontáneo de la Iglesia. De la propia suerte que por la Iglesia circula la misma sangre de Cristo, y por la Escuela Pia la savia vivificante de la Iglesia; la Academia Calasancia, que es como un retoño de la obra de San José de Calasanz, participa de la benéfica influencia de la savia fecundísima que la alienta y vigoriza. Algo dice el que fuese un P. Escolapio, nuestro respetable y queridísimo Director, el que llevase la iniciativa en esta obra que hoy vemos realizada; y muy alto habla en favor de mi aserto el que los PP. Escolapios todos vengan allanándonos el camino con su protección, nunca como se debe agradecida.

Sabemos, pues, perfectamente, á qué nos obliga el puesto de honor en que nos hallamos colocados; al ver atacada la fe en nombre de una falsa ciencia, estudiaremos sin cesar las humanidades, para demostrar ante los falsarios que tal aseguran, que fe y ciencia se hallan en perfecto acuerdo; seguiremos en un todo el programa que nos trazara el P. Llanas en su panegírico de Santo Tomás, y enarbolaremos nuestra bandera consagrada con el lema: «Cum Ecclesia omnia, sine Ecclesia nihil:» todo, todo por la Iglesia, por el Pontificado, por el triunfo de la verdad católica, y guerra, guerra aquí en la tribuna, en el estadio de la prensa, donde quiera que haya oportunidad, contra los que intenten cerrarnos el paso.

Si algo hallais, señores, en nuestra obra, que merezca vuestras alabanzas, sea toda la gloria para Dios, y si quereis hacer más extensiva vuestra benevolencia, vaya en loor de la Escuela Pia.

HE DICHO.



## ESPAÑA Y LOS JUDÍOS

El semita, hombre de rapiña en los desiertos de la Arabia, heroico en cierto modo, se convierte, dentro de la sociedad, en un vil intrigante. (Los semitas y el semitismo.)

GELLION-DANGLAR

Se puede y debe matar al mejor de los *goim* (cristianos).

El dinero de los *goim* (cristianos) hay que reintegrarlo al judío; por tanto está permitido robarles y engañarles.

EL TALMUD.

La situación financiera por qué atraviesa Europa, y en particular España, que dentro del continente es por razón natural la que más ardiente cariño nos inspira, mueve en estos instantes nuestra pluma, en la seguridad de que á los lectores de esta Revista no ha de serles indiferente este asunto, que tan vital interés encierra.

Nos encontramos en una época en que, ya sea por el apego á la vida, ya por el humanitarismo de ciertas naciones (en el cual no creo ni he creído nunca), ya, en suma, por el miedo (y esto lo creo á pies juntillas) que unas á otras se inspiran, se ha difendido el ventilar las diferencias que entre ellas promueve la ambición y el orgullo, en el terreno de la guerra *militar* (*passez le mot*), y es en la guerra económica donde se busca la hegemonía soñada y los laureles ambicionados.

La nación que con más vehemencia sostiene esta guerra es la Francia, la más ambiciosa entre todas las naciones, que no sabe hacerse cargo de sus desgracias y busca desolada la influencia perdida por sus innumerables desaciertos. Mas, por desdicha suya no ve que sus esfuerzos, en vez de conspirar á su realzamiento, la hunden en el vacío y aceleran su ruidosa caída, como pobre náufrago que lucha con la tempestad. Francia lucha con dos tempestades, la una moral y material la otra. Ambas son terribles y sin el amparo de Dios ignórase hasta qué grado se desarrollarán. Es la primera, la masonería que prostituye la sociedad, y la segunda, los judíos que la empobrecen. Pasamos por alto, pues no es de este lugar, el estudio de la masonería francesa, cuya influencia en España, con ser grande, no es decisiva ni mucho menos.

Por desgracia no podemos decir lo propio de los judíos, quienes han escogido el arma más vil, eso sí, pero la más segura, para ejecutar á sus víctimas.

Sabido es que esta arma es el metálico, puesto que nadie ignora la frase casi tradicional de que «el judío tiene el culto del dinero.» Todo dentro de la existencia social lo subordina al lucro, empleando á este fin los medios desconocidos que su maldad le ofrece. Sin duda tuvo razón Enrique Heine, el célebre poeta

alemán, cuando afirmó «que los hechos y maneras de los judíos son cosas desconocidas al mundo. Se los cree conocer porque se han vislumbrado ciertas apariencias; pero nada más se ha visto, y del mismo modo que en la Edad Media, son un misterio ambulante.» Gracias, pues, á este oculto proceder, ayudado de las máximas contenidas en el Talmud, que les tranquilizan de las aprensiones que pudieran suscitarse allá en su interior, han logrado apoderarse de la fortuna pública de casi toda Europa, y en particular de Francia que es la esclava docilísima de los semitas y el foco pestilente de sus agios y maniobras.

España, que por ningún concepto puede merecer, gracias á Dios, la simpatía de tan funestos hombres, ha sido esta vez la cabeza de turco sobre la cual han descargado su metálica maza estos seres maldecidos de Dios. De suerte que en el día nos encontramos frente á frente los españoles y los franceses, representados éstos por los vampiros judíos. Es una lucha sorda, pero sostenida, de la cual es prematuro poder afirmar un desenlace en sentido determinado. Parece que la ambición judía, como si de repente hubiese descubierto un tesoro donde hincar su garra, se abalanzará sobre la católica España, viendo en sus desdichas una afortunada ocasión para acogerla, poniéndola entre la espada judía ó la bancarrota nacional. Para ellos un pueblo apurado es una mina; son de esos «hombres que, según describe admirablemente un famoso novelista contemporáneo, andan olfateando las naciones en busca de esos negocios fáciles, enormes, que nacen más espontánea y frondosamente en el seno de los pueblos desgraciados. Del mismo modo crecen ciertos árboles en terrenos muy cargados de basura.»

A la pobre España han acudido presurosos los judíos valiéndose de todos los medios puestos á su poderosa voluntad. Primero aparecieron bajo la forma de derechos arancelarios; luego forzaron la máquina con las tarifas de ferrocarriles; más tarde, pretextando la introducción, para ellos odiosa, de los alcoholes alemanes (como si fueran otros que los mismos franceses los introductores de ese alcohol, que coloran para poderle llamar vino, transformándolo y purificándolo luego para dedicarlo á los usos que creen más convenientes á sus intereses); y por último, como intentando un supremo esfuerzo, como atacando desembozadamente el cuartel general enemigo, se ofrece el rey de los judíos, el pulpo de cien brazos, Rotschild, en una palabra, para proveer al Banco de España del oro y plata necesarios, procurando, por medio de hábil maniobra, cortar la retirada al enemigo, formando, él, los Scharöeder y otros, un sindicato judío que á su voluntad elevara los cambios de libras y francos á la escandalosa altura que hemos presenciado en estos últimos días. ¿Es que alguien puede negar la exactitud de estos hechos?

Cogida así la España entre dos fuegos, ó tenían que pactar un

anticipo, que les valiera algunos millones, con el Banco de España, ó en caso adverso, como castigo al rebelde que no se deja explotar, subían los cambios á una altura inaudita. Tal es el cuadro desconsolador de la cuestión que tanto preocupa hoy á los espíritus previsores. ¿Y el desenlace? La confianza no puede ni debe abandonar á los que guardan en su corazón ideas optimistas respecto al patriotismo de los españoles. Este es el único medio que puede salvarnos del conflicto que se cierne sobre nuestras cabezas, y cuya primera manifestación sería el curso forzoso del papel. El grito del patriotismo es el único que ha de escapar á nuestros labios y hacernos mantener firmes en nuestros puestos, cuando los agentes de los semitas promuevan el pánico, que están elaborando hace tiempo, para igualar nuestra situación á la de Portugal, á la de Buenos-Aires, y tantas otras que andan por los suelos.

Los semitas son nuestros aborrecibles enemigos y hemos de vencerles con las armas de la dignidad y del patriotismo, poniendo oídos de mercader á sus voces, interesadas en destruir el harto enclenque crédito patrio, y en especial el Banco Nacional que arrastraría en su caída los intereses de casi todos los españoles.

Procúrese por el pueblo español aislarse de la Francia actual y de sus dueños absolutos los israelitas, puesto que por más que seamos presa de una crisis honda y sostenida, la España cuenta con una vitalidad innegable, que con auxilio de Dios, nos hace esperar que la gloria y el poder sean astros eclipsados, pero que han de reaparecer más rutilantes que nunca en el firmamento de nuestra futura regeneración.

ARCADIO DE ARQUER.

*Barcelona 11 Noviembre, 1891.*

---

## LOS FECIALES

---

### I.

Existió en la antigüedad un pueblo que, siendo de un origen humildísimo por demás, llegó con el tiempo á constituir el centro de un vastísimo imperio. Nos referimos al pueblo romano. Conocida de todos es su historia: conocida es igualmente la política que lo informó. La guerra fué el medio á qué ordinariamente hubo de recurrir para ensanchar su dominio territorial, ya tratase de anexionar pueblos casi sumidos en la barbarie, ya de someter nacionalidades de adelantada cultura y civilización. ¿A qué móviles obedecieron las conquistas que realizó Roma? A ningún otro que no sea la soberbia, [el orgullo, la ambición de

un pueblo que pretendía ser dueño de todo el universo; sueño de colosos; idea que varias veces ha vuelto á brillar en la mente de grandes genios, pero que jamás ha llegado á realizarse. No hay que evidenciar, pues, que eran injustas las conquistas verificadas por el pueblo romano, si no todas, á lo menos en su gran mayoría, si se miraran al través del prisma de los principios proclamados por el moderno Derecho internacional.

Pero no fué Roma, si exceptuamos sus primitivos tiempos, cuya historia se pierde en las nebulosidades de la fábula, un pueblo bárbaro y feroz; sino que, por el contrario, constituyendo la síntesis de la civilización antigua, desempeña en la historia la elevadísima misión, de servir de puente para enlazar la cultura de los pueblos antiguos con la de los modernos, y de preparar el campo en el que á no tardar había de germinar la semilla del Evangelio. Y sobre todo, Roma sobresalió á todos los pueblos de la antigüedad en el cultivo de la ciencia del Derecho; y esto bien revela el notabilísimo adelanto de sus costumbres, ya que nada como el Derecho de un pueblo refleja mejor el modo de ser, la vida íntima del mismo. Todavía subsisten y se estiman en mucho sus monumentos legales; hoy se estudian más que nunca; constituyen ley vigente en algunos países; y si bien quizás en período ya no lejano dejarán de ser fuente de Derecho positivo, jamás dejarán de constituir fuente de ciencia.

Más ¡singular contraste! Al lado de esa portentosa obra jurídica elaborada por el pueblo romano, existe una rama del Derecho, correspondiente á determinado orden social, en la cual, haciéndose abstracción de la luz de todo principio superior, se proclaman con sin igual desenfado y como verdades dogmáticas los mayores absurdos. Aludimos á las reglas que servían á Roma de norte en sus actos referentes á la vida internacional. ¡Increíble parece que pueblo tan fecundo en toda suerte de progresos, llegara á sentar el horroroso principio: *Adversus hostem aeterna auctoritas est!* A la sombra de este principio, se desenvolvió toda la política de Roma en el orden internacional. Afortunadamente, máximas de esta índole constituían sólo una excepción entre las proclamadas por los campeones de su ciencia. Esta, por lo regular, estaba inspirada en un profundo amor á la justicia.

¡Justicia! esta es la idea santa á cuyo imperio no puede sustraerse la inteligencia del hombre. Así el individuo como el espíritu popular, le erigen un templo en su conciencia; y es lo más notable que, tanto los individuos como los Estados, cuando se apartan del sendero de lo justo, procuran, no obstante, encubrir bajo su velo las desviaciones de su conducta. Rarísima vez acontece que se realice el mal á título del mal; semejante cinismo no ha logrado carta de naturaleza en el corazón humano. Es, por el contrario, muy frecuente revestir á los hechos que la Mo-

ral ó el Derecho condenan, de un aspecto de legalidad que los disculpe, legitime ó cuando menos cohoneste. ¿A qué responden, sino á esta tendencia, las diversas teorías sustentadas por filósofos y jurisconsultos, más ó menos complacientes, á fin de poder defender en el terreno de la legalidad, actos de licitud no siempre clara, llevados á cabo al influjo de las ideas del regalismo? ¿qué otra cosa significan las sofisticas teorías políticas, echadas á vuelo á principios de nuestro siglo, al calor de las cuales, y so pretexto de emancipar á las naciones de la tradicional tiranía de los Reyes, paseó Napoleón I sus ejércitos por toda Europa? ¿No viene á ser igual producto la resurrección intempestiva de las doctrinas del Derecho romano, verificada también en Francia por los Consejos reales desde el tiempo, principalmente, de Felipe el Hermoso, para sustentar los despotismos y exclusivismos del poder real?

Cosa exactamente igual acontecía en Roma, por lo que al orden internacional dice relación. La mayor parte de conquistas que verificó en el largo tiempo de su vida de apogeo, es indudable que fueron injustas y que no tenían más objeto que dar pábulo á su ambición ilimitada; mas preocupóse asimismo de revestir de ese aparato de legalidad á cuantas guerras hubo de emprender. Y como pueblo, según varias veces hemos dicho, extraordinariamente adelantado en cultura jurídica, no le fué difícil dar satisfacción cumplida á tal necesidad, y al efecto ideó una institución, en cierto modo *sui generis*, que juega singular papel en la historia de lo que hoy podemos llamar *Derecho público romano*. Esta institución fue el *Colegio de los feciales*. Esbozemos algo su carácter.

Siguiendo la misma norma que en las demás ramas del Derecho, Roma coloca bajo el influjo de la idea religiosa el desarrollo de sus prácticas de Derecho internacional. Institúyese á tal fin un Colegio de sacerdotes encargado de realizar este Derecho, así en tiempo de paz, como en tiempo de guerra. En tiempo de paz, es este Colegio el encargado de celebrar Tratados internacionales, á nombre de la República romana, con los otros Estados, consultando al Senado. En tiempo de guerra, tiene la misión de examinar, por encargo del Senado, si es justa ó no la guerra que se trata de declarar; y en caso de serlo, y mediante el acuerdo del Senado, la de hacer la declaración solemne de la misma, después de haberse pedido sin resultado una satisfacción al pueblo enemigo. El carácter ritual simbólico, formalista y solemne que, durante gran período de la historia de Roma, caracteriza á su Derecho civil, se desarrolla también con amplitud en esta institución. Celébranse los Tratados internacionales por medio del Colegio de los feciales, mediante la concurrencia de ritualidades solemnes: se sanciona su observancia sujetándolos á la sanción de penalidades de carácter religioso. Se acude asimis-

mo al simbolismo y á la ritualidad, para hacer la declaración de la guerra; tiene esta declaración efecto arrojando una saeta al campo hostil, si sus fronteras lindan con territorio romano, ó en otro caso al *Campo de Marte*, símbolo de los campos militares.

Tal era el carácter peculiar del organismo fecial. Su objeto principal fué el de dar expansión á la imaginación de un pueblo profundamente religioso, rayano en la superstición si no francamente supersticioso en sus primeros tiempos, y que, como todo pueblo infante, profesaba culto constante y ferviente á la exterioridad, á la materialidad de la forma, al aparato. Por lo demás, fué un simple medio de encubrir los hechos más injustos con el aspecto de la legalidad. Es verdad que el Colegio de los feciales no declaraba la guerra si ésta no era *justa, bellum justum*; mas sabida es la significación que la palabra *justo* tenía en Roma, que era muy distinta de la que tiene en los pueblos modernos. Significaba *justo* en el tecnicismo jurídico de aquel pueblo, meramente conforme al Derecho, en cuanto á las solemnidades exteriores del acto; nada implicaba la palabra, respecto á las cualidades intrínsecas del mismo. De aquí que el hermoso manto de la justicia siempre amparase á todas las guerras emprendidas por Roma *en apariencia*, merced á esta institución; por más que en rigor, á los ojos de una justicia real y verdadera, no fueran más que medios violentos é inicuos para desarrollar su poderío. Demuestra claramente esta aserción lo acontecido en la guerra del Samnio.

No existe hoy ya el *Colegio de los feciales*, aunque vulgaridad extrema sea decirlo. Hace ya muchos siglos que ha desaparecido, y dormirá eternamente encerrado en el panteón de la historia, sirviendo únicamente hoy para excitar la curiosidad de quien revuelva por vez primera con detención las páginas de la del gran pueblo romano. Han cambiado por completo los tiempos, y con ellos las costumbres; y han debido, por tanto, metamorfosearse ó desaparecer las instituciones de los antiguos pueblos. Natural es, pues, que desapareciera, para jamás volver, el *Colegio de los feciales*; del mismo modo que han desaparecido, y no volverán á aparecer jamás, Zoroastro, los oráculos, los augures y las ofrendas de sangre hechas á las divinidades, como también las mismas civilizaciones oriental, griega y romana que les dieran existencia.

No es ya hoy el *adversus hostem aeterna auctoritas esto*, el principio á cuyo tenor se desarrolla la política internacional, como acontecía en la época en que las águilas romanas exhibieron por gran parte del orbe la altivez de un pueblo ébrio de gloria y de triunfos. Los principios del Cristianismo y los esfuerzos del análisis racional lo han sustituido, sentando las bases de una ciencia jurídica, completamente distintas de aquella máxima, engendrada por el exclusivismo, el odio y la barbarie; y aunque

esta ciencia del Derecho internacional diste mucho de estar ya formada por completo, está bastante desarrollada en nuestro siglo.

Más, á pesar de tales progresos de la civilización, sería infantil candidez creer, que en los tiempos modernos la conducta de los Estados no se separa jamás de las reglas de acción que les impone el Derecho. Tampoco dejan ahora de ser frecuentes las transgresiones é infracciones de las leyes, naturales ó positivas, que rigen el orden internacional. Y así como en la antigüedad se las procuraba revestir de carácter de legalidad, asimismo en nuestros tiempos se las procura dar un aspecto de justicia. Sólo que los medios han variado.

El célebre *Colegio de feciales* de Roma, es cierto, dejó de existir; pero no faltan hoy día en el orden internacional quienes desempeñen el mismo papel que los feciales desempeñaron en la antigüedad. Es decir, existen todavía *feciales*, bien que sin tal nombre y con diversos caracteres. En el próximo artículo intentaremos demostrarlo.

J. PUIG DE ASPRER.

---

---

## CARTAS

### AL JOVEN CONRADO SOBRE EL PERIODISMO CATÓLICO

#### II.

Mi querido Conrado: Después de agradecerte los pasos que has dado, para adquirir las suscripciones que me mandas, y que serán puntualmente servidas, permíteme que te diga con toda franqueza, que me ha hecho no poca gracia aquella frase de tu carta: «me temo que con el tiempo me pedirás que subvencione *La Academia Calasancia*, según lo exigente que andas en ponderar la obligación que tenemos los católicos, de procurar el arraigo y desarrollo de los buenos periódicos.» Puedes desechar ese temor, Conrado: no creo que nuestra humilde Revista se vea en el caso de apelar á subvenciones que aseguren su existencia: ó mucho me engaño, ó muy pronto tendrá vida propia y cubrirá los gastos que ocasiona. Por lo demás, sería muy justo que los católicos que, como tú, tienen una posición desahogada, destinaran algo de lo que en obras benéficas invierten, al sostenimiento de la prensa dedicada á defender los intereses morales y religiosos, atentos á que harían de su dinero un uso convenientísimo, y muy meritorio, y muy agradable á Dios, de quien proceden todos los bienes que poseemos. Y como según se trasluce en la frase que he copiado, no admites tú el deber de acudir materialmente al esplendor de la prensa católica, permíteme que te ex-

ponga algunas observaciones, que acaso tengan eficacia para que en este particular modifiques tu criterio.

No me califiques de jactancioso porque así me produzco; que las observaciones que voy á proponerte no son de mi cosecha, sino que las tomo de un preclaro Obispo francés, del célebre Mons. Aparisis, Obispo de Langres. Léelas con atención, Conrado, que bien lo merecen:

«Hubo un tiempo en que la piedad cristiana se complacía en fundar monasterios, iglesias y hospitales. Estas obras son loables, buenas y santas en todos tiempos; pero fuera de que sus necesidades son hoy menores que en otras épocas, se han hecho legalmente mucho más difíciles para los particulares, desde que el Gobierno, concentrándolo todo en sus manos, ha usurpado las más, se las apropia, ó las dicta leyes. Al contrario, la imprenta periódica es libre, y para asociarse no ha menester más que de la voluntad: los diarios directa y sinceramente favorables á la Religión son abandonados por el Gobierno, cuando no combatidos, y no tienen más recursos que el concurso de los particulares.

»En suma, los periódicos son la gran obra del día, porque son los primeros motores de todo. Deberían, pues, hacerse copiosas y fuertes dádivas á favor de los diarios en verdad y en conciencia católicos; y por este lado debería la devoción de los fieles ilustrados llevar en montón sus ofrendas y dirigir sus esfuerzos, con el fin de proporcionar á estos papeles, tan influyentes y necesarios, la independencia precisa para que se mantengan siempre inflexibles en su deber, y bastantes recursos para que escriban á gusto de todas las inteligencias y se den á un precio acomodado á todas las clases. ¡Ojalá que este ruego de nuestro corazón y de nuestra fe, sea escuchado de tantos ricos estimables, que se lamentan con nosotros de la corrupción de lo presente, se asustan de las amenazas de lo venidero, y pudieran, concertándose, conjurar todas esas calamidades, con la sola influencia de diarios católicos poderosos y puros, inteligentes y baratos.

»Así la imprenta periódica religiosa debe ser una obra de celo, rendimiento y sacrificios para todos los católicos; y el no contribuir á ella cuando se puede, es en sí una omisión culpable, pues es negarse á prestar á la Religión un concurso de que necesita; pero en especial, abandonar los diarios religiosos para acudir en ayuda de los enemigos, es por parte de un católico una prevaricación y una traición, que sólo pueden excusarse por una inconcebible ceguedad.

»Honor y gloria á esos hombres de bien, á esas almas elevadas, á esos católicos verdaderamente entendidos en su vocación, que en medio de este siglo, envilecido por el culto innoble de la materia y por todas las especies de egoísmo, han comprendido que debían de ayudar al Sacerdocio, con el concurso simultáneo de su talento, trabajo y riqueza; y que á vista de

esa innumerable multitud, precipitada á su perdición por el torrente de todas las mentiras, de todos los vicios y de todas las extravagancias, han dicho espontáneamente para sí, con el Apóstol, en el sentimiento de una misma fe: Sacrificaré gustosísimo cuanto tengo, y yo mismo me sacrificaré por vuestras almas: *Ego autem libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris.* (II ad Cor.—XII, 15.)

»Tales hombres son gloria de nuestro siglo, esperanza de la Iglesia y el abatimiento de sus enemigos, que no pueden rehusarles una profunda estimación. Pues bien, estos hombres son los únicos dignos y capaces de fundar sólidamente y dirigir con fruto un diario católico; y digámoslo de paso: esas fundaciones piadosas las pide de una manera especial, en el día, nuestra santa Religión.

MONSEÑOR APARISIS, *Obispo de Langres.*»

Medita bien las observaciones de Mons. Aparisis: quizás te impresionen como á mí me impresionaron al leerlas. Cada tiempo tiene sus exigencias, y el nuestro exige un bien periodismo: en cada época la Iglesia experimenta particulares necesidades, y en nuestros días necesita una prensa bien servida, que pueda defenderla contra sus numerosos detractores. Por esto, el eminente Prelado francés insiste en inculcar á los católicos el deber de proteger y fomentar la prensa ortodoxa, afirmando que deben al efecto aprontar recursos materiales, ofrecer á montón generosas dádivas, y añadiendo que el no hacerlo así constituye una omisión culpable. De seguro que no esperabas de mí un criterio tan cerrado en esta materia, y por esto he preferido escudarme con la autoridad de un Prelado tan eminente. Ya no tienes, pues, que habértelas conmigo, sino con una de las lumbreras más esplendentes de la Iglesia católica, en el caso de que te resistas, á dar á torcer el brazo, manteniéndote en la idea de que basta suscribirse y recomendar las publicaciones católicas. Por esto quedo esperando con ansiedad, que me participes el juicio que te han merecido las opiniones de Mons. Aparisis, y qué me responderías en el caso, que, repito, espero no llegará, de necesitar nuestra Revista de tu material apoyo; y en esa disposición de ánimo se despide de tí tu afmo. A. Y S. S. Q. B. T. M.

Barcelona 18 de Noviembre de 1891.

O. S.

---

## EL JUICIO FINAL

Con este título se publicó, el día de Difuntos, en uno de los diarios de la culta ciudad de Barcelona, un articulito, firmado por un tal Cándido, en el cual se escarnecen implícita é indirectamente todos los dogmas de nuestra religión divina.

Es el tal articulito abiertamente materialista; es decir, en él se profesa claramente ese sistema abyecto que insulta la dignidad humana, que equipara el hombre al bruto, haciéndole de peor condición que el mismo; ya que éste satisface plenamente sus aspiraciones en lo concreto, individual y finito, y aquél jamás podrá satisfacer esas tendencias necesarias que le arrebatan hacia lo abstracto, universal é infinito, por no ser esto más que palabras vacías que nada real significan en el sistema materialista. Pero como esta idea no se halla en el tal articulito sino accidentalmente, ni es el propósito del autor defender el materialismo, ni presenta argumento alguno que lo haga siquiera sofisticamente aceptable, nos abstenemos de combatirlo en este terreno y dejamos de reproducir las razones incontestables que, á la vez que demuestran la espiritualidad de nuestro principio pensante é inteligente, evidencian lo absurdo del materialismo, lo mismo que los argumentos irrefutables con que los filósofos más sensatos y profundos han demostrado la existencia de un sér necesario, cuya naturaleza por necesidad absoluta ha de ser espiritual; aparte de que aquel que de tal manera reniega de su dignidad, nivelándose al bruto, no merece raciocinio de ningún género sino sólo ser tratado como.....

Pero si en favor del sistema materialista no se aduce prueba alguna en el tal articulito, se pretende en él demostrar que la ciencia no puede admitir el dogma católico de la resurrección; por consiguiente creemos más útil defender este dogma de los ataques que nuestro articulista tan cándidamente dirige, presentándole tal cual la Iglesia nos le propone, y no tal cual el articulista se lo imagina. Según éste, el dogma católico de la resurrección es incompatible de todo en todo con las últimas afirmaciones científicas; porque ¿cómo es posible que ni todos los átomos y moléculas de nuestro cuerpo actual, ni los que le constituyeron en un momento dado de nuestra existencia temporal, puedan encontrarse para formar de nuevo en aquel célebre día, los cuerpos resucitados? La ciencia demuestra que nuestro organismo está sujeto á evolución y transformación, renovándose incesantemente; de suerte que al llegar el niño á los siete años, poco más ó menos, no tiene ni uno de los átomos y moléculas que recibió al nacer, los cuales han desaparecido de su cuerpo para ir á formar otros organismos ú otros cuerpos no organizados. A los catorce años se ha vuelto á renovar aquel organismo, y así durante todo su existir, de modo que si suponemos, que vive setenta años, habrá tenido nueve organismos distintos, á no ser que alguna de las moléculas de sus primeros organismos haya vuelto á formar parte de los últimos. Todos estos átomos y moléculas habían ya servido á otros organismos; por lo tanto es imposible suponer que unos mismos átomos y moléculas hayan exclusivamente constituido un cuerpo determinado para una de-

terminada alma, ó que cada alma haya tenido sus átomos propios y exclusivos; lo cual sería necesario suponer para que fuese racionalmente admisible el dogma de la resurrección. Esta es en sustancia la dificultad que contra dicho dogma presenta el articulista citado; dificultad vieja ya en la Iglesia y á la que se han dado distintas explicaciones, y que á nuestro entender pertenece á uno de los sofismas que los lógicos llaman *de falso supovente*. Porque ¿cuándo ha dicho la Iglesia que la resurrección consiste en que cada alma vuelva á tomar todos los átomos y moléculas que formaron su cuerpo corruptible y mortal, ó al menos aquellos que le constituyeron en un momento dado de su existencia temporal, como supone el articulista y otros antes que él? ¿Cuándo ha dicho esto la Iglesia? En cuál de sus símbolos se encuentra tal afirmación?

La Iglesia en su símbolo sólo nos dice que «un día resucitarán todos los hombres con sus propios cuerpos,» pero jamás nos ha dicho cuál sería la naturaleza de la identidad de los mismos. Por lo tanto, si siempre que se haga inconciliable el dogma con alguna de las teorías que la ciencia descubre, debemos presumir que ó no entendemos el dogma, ó que aquella teoría no está suficientemente fundada, cuando el articulista vió que el dogma de la resurrección, tal cual él lo imaginó, y la teoría de la evolución de la materia, no podían armonizarse, antes de desacreditar á la religión en nombre de la ciencia debía investigar si se habían dado otras explicaciones más racionales y fundadas, y afortunadamente las hubiese hallado, entre otras la de la *palingénesis* de Bonetti, el sistema de la reduplicación y otras entre las cuales escogemos la siguiente.

Es un hecho innegable, según los naturalistas modernos, que nuestro organismo está sometido á mil evoluciones y transformaciones, en virtud de las cuales se está renovando continuamente; pero no es menos cierto para los psicólogos todos y para todos los que están en su sano juicio, por ser un hecho de experiencia interna, que á través de esas transformaciones y evoluciones persevera inalterable nuestro sér individual substancial, nuestra personalidad, lo que nos hace responsables de todos los actos que consciente y libremente hemos ejecutado durante todo nuestro existir temporal, lo que constituye nuestro yo, lo que nos distingue de todo aquello que no es de nuestra pertenencia esencial, lo que da á los padres el derecho inalienable que tienen sobre sus hijos, lo que caracteriza á cada individuo, lo que hace que yo sea siempre el mismo á pesar de todas las transformaciones y evoluciones de mi organismo.

Y este hecho es de aquellos que los filósofos llaman de evidencia inmediata; es decir, es un hecho que percibo tan clara y evidentemente que no puede hacerme dudar ni el escéptico más delirante. Esto pues que constituye mi yo, ese sér individual

substancial que es estable, permanente, inalterable, perpétuo, está constituido según estos sabios por el alma y la parte substancial material de nuestro cuerpo; de donde la resurrección consistirá, según los mismos, en la suscitación de ese yo, en la aparición de ese sér substancial individual permanente que recibimos al nacer, del que nos damos cuenta cuando la fuerza consciente está suficientemente desarrollada, y que subsiste incommovible á través de todas las evoluciones; no en que, como supone el articulista, el alma vuelva el día *del trompeteo* á unirse de nuevo á todos ó parte de los átomos y moléculas que tuvo cuando su peregrinación sobre la tierra, es decir, á esa corteza exterior y accidental, á esa parte fenomenal de nuestro cuerpo que pasa de organismo en organismo en virtud de la evolución. Esta teoría juiciosa y profunda se armoniza perfectamente con el dogma de nuestra resurrección, tal cual la Iglesia nos la propone, y con ella puede darse una explicación racional de las propiedades de *claridad, sutileza, agilidad, impasibilidad, é inmortalidad* que nos dice la Iglesia sublimarán á los cuerpos resucitados que han de ir á gozar de la visión beatífica, y que son incompatibles con nuestros cuerpos actuales.

Por consiguiente, la doctrina católica que supone á los cuerpos resucitados dotados de las propiedades antedichas, y que son incompatibles con las leyes fisico-químicas que rigen la evolución de la materia, lejos de admitir organismos iguales á los que ahora vivifica nuestra alma, y cuya constitución material varía incesantemente, supone que las almas de los resucitados informarán ciertos cuerpos, que sin estar compuestos de los elementos materiales que por ellos pasaron durante la existencia terrestre, conservarán sin embargo el tipo orgánico substancial que perteneció á cada uno de los individuos transformados, y que contribuyó á la constitución individual de la personalidad humana. Las dotes asignadas por la Fe á los cuerpos resucitados son incompatibles con la materialidad que les atribuye el articulista, quien combate una doctrina que jamás fué la de la Iglesia.

B. G.

---

## RAREZAS DE HOMBRES CÉLEBRES.

---

El pintor Girodet no sabía inspirarse en plena luz natural, y por esto no pintaba nunca de día. Cuando de noche se sentía agitado por el soplo de la inspiración, se levantaba apresuradamente, mandaba alumbrar su taller, y colocándose un enorme sombrero, cuyo alero anterior sostenía varias bujías, se entregaba á sus tareas artísticas, sirviéndose él mismo de candelero.

El célebre helenista Dausse de Villoison, dedicando 15 horas diarias al estudio del griego, vivía en completo retraimiento social. Preguntándole un día La Harpe cuáles eran sus distracciones, le respondió con suma sencillez, que cuando sentía muy fatigada la cabeza, se asomaba un rato á la ventana, siendo así que vivía en la calle de Jean de Beauvais, que era en aquella época una de las calles más sucias, oscuras y solitarias de París.

El abate La Gaille, astrónomo muy famoso, para permanecer más tiempo continuando observando los astros, había inventado una especie de horquilla en la que descansaba la cabeza, pasando en esa posición supina noches enteras, sin conocer, dice un sabio, otros enemigos que el sueño y las nubes.

El historiador Mezerai no sabía componer sino á la luz de la bujía. Cerraba las ventanas de su gabinete y encendía su vela en pleno día de verano, y así recibía á sus amigos, no descuidando jamás de acompañarles hasta la puerta de la calle con la palmaria en la mano, al despedirles, aún que el sol brillara con todos sus resplandores.

El célebre Cujas estudiaba y componía echado boca abajo sobre una alfombra, y teniendo al alcance de su mano montones de libros para sus consultas, no creyendo posible escribir bien sino en esa posición rarísima.

Cardán, médico-cirujano de mucha celebridad, deseaba sufrir dolores y cortas enfermedades, para saborear mejor después el placer que proporciona la salud.

Gretry, para mejor inspirarse, ayunaba con exceso, se saturaba de café, se sentaba al piano, tocaba sin interrupción día y noche, y como este ejercicio le producía una abundante hemorragia, componía durante ella con afán delirante, y después se curaba la hemorragia y se entregaba al descanso.

Malheure, era tan friolento, que numeraba los pares de medias que se calzaba por las letras del Abecedario, á fin de ponerse igual número en cada pierna. Preguntado en cierta ocasión cuántas medias llevaba, confesó que había llegado aquel día hasta la letra n.

El pintor Lucas Valeyden pasó los últimos años de su vida casi siempre acostado para evitar así que le envenenaran.

El numismático Vaillant, volviendo por mar de una excursión arqueológica que le había valido la adquisición de algunas monedas raras, al ver que el buque iba á ser apresado por un corsario, y deseando á toda costa salvar sus monedas, se las tragó con grandes esfuerzos, y no pudo recobrarlas sino mediante sufrimientos horribles: un *othon* se hizo esperar quince días para salir de su encierro.

Regresaba por mar Espallanzani de una excursión geológica, y trayendo consigo algunas piedras que debían aumentar su

colección, cuando una furiosa tempestad, amenazando con inminente naufragio, puso en consternación á todos los tripulantes; mientras todos atendían á los riesgos que corría su vida, Espezzani sólo se preocupaba de sus piedras, y como si la conservación de éstas importara más que las vidas de los navegantes, gritaba desesperado: ¡Salvad mis piedras! ¡Salvad mis piedras!

No pudiendo el inglés Bantes, á causa de su color blanco, tomar parte en una ceremonia fúnebre que se celebraba en Taiti que él deseaba conocer y describir, se hizo pintar de negro de pies á cabeza, para así poder mezclarse entre los concurrentes.

El pintor Vernet, deseoso de pintar al vivo una tempestad marítima, hizo algunos viajes por mar, y cuando era peligroso estar á cubierta, se hacía atar á un mástil, y en esa situación contemplaba con avidez la grandiosidad de la tormenta.

El Abate Barthelemy, hablando de un anticuario italiano que no quiso cederle una medalla duplicada, dijo con enojo manifiesto: no he podido domar á ese tigre. Preguntado cómo había podido reunir tan gran número de medallas, respondía con ingenuidad: «me han dado algunas, he comprado otras, y he robado las restantes.»

El pintor español Alonso Cano, invitado por el sacerdote que le asistía en sus últimos momentos, á que besara el Crucifijo que le presentaba, volvió la cara al otro lado, por no ver una imagen tan mal tallada, y exigió que le ofrecieran un Cristo más artístico.

Cuenta Paul Jove que Marsili Ficini cambiaba de gorro ocho veces al día, para acomodarse á la temperatura de la atmósfera.

El médico Sanctorius, preocupado del equilibrio de sus humores, pasó los treinta años últimos de su vida casi siempre en una balanza, para conocer lo que perdía ó ganaba por medio de la nutrición y traspiración.

Leibnitz pasó tres días y tres noches consecutivas en un sillón, buscando la resolución de un problema que le apasionaba.

El pintor holandés Van Orbek, estando gravemente enfermo, y diciendo los médicos que su juventud triunfaría del mal, les dijo: Señores, no tengais consideración alguna á mis 46 años, es preciso contar doble, porque yo he vivido día y noche.

Newton era tan dado á la meditación, que habiéndole algunas veces ocurrido una idea nueva al tiempo de levantarse, se sentó medio vestido al lado de la cama, y así permaneció durante algunas horas.

El poeta italiano Passerini, muerto en 1802, quería con gran vehemencia á un gallo del cual siempre habla en sus poesías.

El físico inglés Cavendish, que dejó á su muerte (en 1810) la fortuna más considerable que tuvo sabio en su tiempo (treinta millones), siempre vistió de color pardo y se mandaba hacer los trajes en el mismo día del año.

El químico inglés Davy se vestía enteramente de verde para

ir de pesca y de rojo para ir de caza; pretendía que vestido de este modo no espantaba ni á los peces ni á la caza.

Todo el mundo sabe que el astrónomo Lalende afectó siempre el comer con delicia arañas y ranas, de las cuales llevaba buena provisión en su caja de dulces.

El humanista Lefèbre en el siglo xvii y Buffon en el xviii no podían trabajar sin estar vestidos con la mayor elegancia. Nada, ni aún la espada, debía faltar á este último.

Canti, el ingenioso autor de los *Animales parlantes*, componía sus lindos versos jugando sólo á las cartas y sentado en la cama.

Goethe escribía sus composiciones andando; Descartes, al contrario, en la cama practicaba como Leibnitz «la meditación horizontal.»

*Escogidas por A. MESTRE.*

## LA TOCA DE SOR TERESA

La hermana Teresa fué, por decirlo así, la bandera blanca de la revolución del 93.

Entre los gorros frigos de aquel año, parecía aquella toca una paloma en días de tempestad, cuando agitaba sus alas en medio de las lanzas, al son de los tambores desde la cárcel al cadalso, cuando ya no había Rey, ni Iglesia, ni altar; cuando se decía que no había Dios; pero aún existían los pobres.

Sí; pobres y desgraciados había, y la toca de Sor Teresa era para ellos un símbolo de esperanza y de caridad, era su bandera blanca.

Poco dice la historia de esa época, del heroísmo, de la virtud y del sacrificio que debajo de la toca se ocultaban; pero Dios, los pobres y los mártires, transmitieron su memoria de generación en generación.

En los arrabales y en la ciudad, se decía que la Sierva de Dios había cambiado sus galas, sus diamantes y nobleza por un pobre sayal y un rosario. El pueblo la conocía, veneraba y quería con filial afecto. Un día fué denunciada. Si quieren mi cabeza, dijo sonriendo, ofrézcola con gusto; pero quiero que me lleven á la guillotina con mi toca blanca, y que me acompañen al patíbulo mis amigos de los arrabales.

Y nadie se atrevió á poner manos en la toca blanca.

Paseábase un día Sor Teresa por el Puente de San Miguel. Una partida de *sans culottes* la rodea, y le manda que baile en torno de una vara coronada de un gorro frigio.

—Bailaré, amigos míos, dijo la pobre Hermana, á pesar de hallarme muy cansada, como que aquí donde me ven, llevo visitados veinte enfer-

mos. Sin embargo, bailaré á vuestra elección *minuet* ó *gavota*, con tal que suceda lo que en Berry; donde la novia pide á los caballeros que bailan, algo para los alfileres.

—¿Y quién es su esposo?

—¡Jesús!

—¿Y qué llamas alfileres?

—Ropas, vestidos, alimentos para mis pobres recién nacidos.

—¡Pues que! ¿Tienes muchos hijos?

—Más de treinta, y cada día nacen dos ó tres más. Ahora mismo, enfrente de nosotros, en aquella choza ha debido nacer un pequeño patriota.

—¿Lo sabes de cierto?

—Y tan de cierto, hijos míos; abrid los bolsillos y comience el baile.

Y entonces fué cuando todos exclamaron: ¡Viva la toca blanca!

En otra ocasión, era en la noche de Navidad, estaba Sor Teresa en una casucha de la calle Taitbout, que entonces se llamaba calle de *Bruto*.

Una pobre madre había dado á luz dos gemelos. Sobre un montón de paja infecta deliraba una criatura de tres á cuatro años, víctima del frío y del hambre: su padre ya no vivía.

Allí sólo encontraba la Hermana humillaciones y amenazas y sus manos estaban heladas y vacías.

Mientras procuraba calentar como podía la helada casucha, vió enfrente un palacio espléndidamente alumbrado. Allí vivía un opulento miembro de la Convención, personaje que debía la mayor parte de su riqueza á los favores de la ilustre familia de Montmorency, y que también era uno de los miembros más exaltados y feroces de la Montaña.

—Estamos en salvo, dijo la hermana de la Caridad á la enferma; pronto vuelvo; y, atravesando la calle, entró en casa del personaje de la Revolución.

Los criados ó, como entonces se decía, los *hermanos sirvientes*, quedaron estupefactos, y no era para menos; una religiosa, una *toca blanca*.

—Anunciad á Sor Teresa, y hacedlo pronto, pues el caso es urgente.

—¿Qué quieres? le preguntó el héroe de la Montaña.

—Una limosna.

—¿Para tí?

—No, para mis señores.

—¿Y quiénes son esos caballeros?

—Los pobres. ¡Allí enfrente, en una miserable casucha, una desgraciada acaba de dar á luz dos gemelos. No tiene leña, ni ropa, ni pan!

—¿Y ese hábito?

—Los hombres del pueblo lo conocen y respetan. Llámanme *la toca blanca*.

—¿Hablas de dos gemelos?

—Así es. La madre tiene hambre y frío, y hoy se festeja la Navidad.

—¡Navidad! ¡Navidad! ¿Y eso qué es?

—La fiesta de los niños. Y cuando son pobres y están abandonados, la caridad debe celebrarla.

—Y tus gemelos, ¿son patriotas?

Lo ignoro; por lo menos maman bien y la madre está muy flaca.

—Pues aquí tienes, y oblígales á gritar que viva la nación!

—Por ahora, mejor será esperar que crezcan—respondió sonriendo Sor Teresa.

—Bien—dijo el terrible revolucionario admirado de su propia generosidad.—¡Pero guárdate bien á causa de esa toca blanca: y no te quejes si el día menos pensado...

—Será lo que Dios quiera. Pronta estoy y mis pobres, que son más de ciento, han prometido acompañarme al cadalso.

—No se lo permitiremos.

—Son obstinados y nunca dejan de cumplir lo que han prometido.

—Basta, llévate esa cantidad para tus gemelos.

—Gracias, en nombre de la madre.

—¿Cómo te llamas?

—Sor Teresa.

—¿Y eso es un nombre?

—No tengo otro.

—Bien comprendes lo que quiero decirte. Pregunto cuál es tu nombre, tu verdadero nombre.

—Sor Teresa; ya te lo he dicho.

—Pero eso es un apodo, un pseudónimo, si lo entiendes mejor así, ¿en otro tiempo cómo te llamabas?

—Luisa de Montmorency.

(Del Orden de Coimbra).

---

## REVISTA DE LA QUINCENA.

---

La cuestión económica está en España, mas aún que en otras naciones europeas, á la orden del día. La depredación que de algunos días á esta parte han sufrido nuestros valores, ha esparcido la alarma en todos los centros financieros, y en muchas partes se ha hablado, como de contingencia más ó menos lejana, de una nacional bancarrota que agotará nuestro crédito, y cerrará la puerta á toda esperanza de rehabilitación de nuestra Hacienda. Afortunadamente, semejantes alarmas están destituidas de todo racional fundamento, ya que no es posible señalar motivo alguno que haya sobrevenido á socavar las bases de nuestro crédito, tan cimentado hoy como dos meses atrás,

aunque hoy encarnizadamente combatido. Las mismas oscilaciones que sufren nuestros valores, así en el interior como en el extranjero, reponiéndose un día para bajar más al siguiente, y sin que pueda motivarse ni esta baja ni aquella subida, demuestran de un modo palmario que la causa originaria de ese tan careado descrédito, es accidental y pasajera y permanece oculta á la generalidad de los tenedores de nuestros valores públicos. Lo único que puede asegurarse, es que la guerra financiera que la alta banca judía nos está haciendo, más que á negocios mercantiles y bursátiles, obedece á siniestros proyectos político-religiosos á cuya cooperación se quiere asociarnos, y á cuya realización no podemos prestarnos, sin arriesgar nuestros destinos nacionales. Se nos combate hoy en el terreno económico, para comprometernos, si en él quedamos vencidos y si hemos de recibir las condiciones impuestas por el vencedor, á combatir mañana en el terreno de las armas. Se intenta retraernos de la prudente neutralidad á que nos atenemos; pero así como el patriotismo nos ha sugerido la idea de esa salvadora neutralidad, así también debe inspirarnos la serenidad y cordura que requiere nuestra situación fiduciaria, que, gracias á Dios, nada tiene de abrumadora. Elementos nos sobran para hacer frente á nuestros compromisos; y si olvidando los mezquinos intereses de partido, se aplican los políticos de buena voluntad á buscar el remedio conveniente á nuestra enferma Hacienda, pronto ésta verá restañadas las heridas que la codicia de los semitas le está infiriendo, sin necesidad de comprometernos en aventuras peligrosas y acaso contrarias á nuestros intereses religiosos.

\*  
\* \*

Si algo significa la preferencia que la prensa periódica concede á los acontecimientos que surgen en nuestra patria, el más trascendental de ellos, después del en que nos hemos ocupado, es el desafío á pistola verificado entre el ex-Ministro de Marina, general Beranger, y el Director del *Resumen*, Sr. Suarez de Figueroa. Y no es que un desafío sea, por desgracia, cosa rara entre nosotros. Es que el general Beranger, al admitirlo, era ministro de Marina, y para llevarlo á efecto, hizo dimisión de su cartera; y de aquí que la prensa periódica, que todo lo convierte en sustancia política, haya hecho sobre el tal desafío los más estupendos comentarios. Muy bien ha procedido esa prensa, al calificar el duelo de absurdo, impropio, bárbaro, inhumano, anticristiano y antijurídico, porque todos esos calificativos merece. Pero decir que, admitiendo el Gobierno la dimisión del general Beranger, equivalía á dejarle disponible para batirse; que fundando la dimisión en *motivos de salud*, equivalía á insultar la conciencia pública, mintiendo descaradamente; que presentando

el decreto de dimisión, fundado *en motivos de salud*, á la firma de la Reina, equivalía á comprometer la corona en una farsa indigna; todo eso es evidentemente exagerado. Si Beranger no quiso desistir de su criminal propósito, debió admitírsele la dimisión, para evitar el escándalo de que un Ministro español se batiera en desafío, como Floquet lo hizo en Francia; y esa dimisión debió aparecer fundada en *motivos de salud*, porque tal es la fórmula consuetudinaria, usada para no revelar los verdaderos motivos de las dimisiones, y esa fórmula á nadie engaña, porque nada dice. En todo esto nada vemos de reprochable; pero sí es altamente censurable el Gobierno, por no haber impedido el duelo, ya que sabía á ciencia cierta que debía verificarse; y lo es no menos, por la lenidad con que procede contra los criminales que, al batirse, despreciaron la ley natural y las leyes positivas divinas y humanas.

\*  
\* \*

Bien decíamos en nuestro anterior número, que la masonería trataba de dar *nueva orientación* á la política italiana, abriendo campaña contra la *ley de garantías*, y sometiendo al Papa al derecho común italiano. Por desgracia, nuestras previsiones han sido oficialmente confirmadas. El Grande Oriente del Valle del Tiber ha pasado una circular á todas las logias, disponiendo que inmediatamente se organicen comités, se hagan manifestaciones, se avise á la prensa, y en todos sentidos se agite la opinión, para pedir y lograr que sea revocada la *ley de garantías*, y quede el Papa reducido á la condición de un simple súbdito del Estado. De sobras sabe el Grande Oriente que el Gobierno de Rudini no accederá á esas pretensiones; pero la campaña se proseguirá con tesón y energía, ya que con ella se persiguen dos fines principales, que mucho tememos lleguen á realizarse: el primero é inmediato, es debilitar la situación del Ministerio Rudini y preparar el llamamiento al poder de Crispi ó Zardanelli, que gobiernan en nombre y representación de la masonería; el segundo, es mantener arma al brazo á las huestes revolucionarias, hasta el día en que estalle la temida é inevitable guerra europea, en cuya ocasión, aprovechando la explosión del patriotismo que rebosará en expansiones delirantes, y arrastrará al parecer al Gobierno Crispi ó Zardanelli, penetrar violentamente en el Vaticano, expulsar al Pontífice, saquear su morada y derruir su palacio, su trono y su sagrada cátedra. ¡Ay, entonces del sucesor de S. Pedro!

\*  
\* \*

En menos de dos años, ha pasado el Brasil desde el imperio democrático á la República federal y de la República federal á la

dictadura militar; y según las últimas noticias, está bregando para deshacerse de ésta. La caída de D. Pedro y la proclamación de la República por Fontseca, se anunció como un acontecimiento favorable á la idea republicana y funesto para el sentimiento monárquico; pero los hechos posteriores han evidenciado que lo ocurrido en el Brasil, sólo afecta á los intereses de esta región, ya que para nada ha intervenido en esos cambios la apreciación de las formas gubernamentales. Ningún descontento público había fomentado el paternal y complaciente gobierno de D. Pedro, y por esto, al saberse en Europa que Deodoro de Fontseca había destituido al anciano emperador y proclamado la República, todos los políticos se dijeron que la Revolución del Brasil era hija del progreso que allí había hecho la idea republicana, y hasta muchos afirmaron que por igual motivo, de la noche á la mañana sufriría Portugal una transformación parecida. Pero luego se averiguó que la destitución de D. Pedro había sorprendido á la generalidad de los brasileños, y que había sido efecto de un complot tramado por algunos ambiciosos. El gobierno republicano de Fontseca halló una oposición que nunca suscitó el monárquico de D. Pedro: las calles de Río Janeiro fueron teatro de colisiones sangrientas, los días 6, 7, 8 y 9 de Octubre, entre los enemigos y los oficiales de Fontseca; la Cámara popular se declaró contraria á los planes del Presidente; y por último éste, para asegurar su poder ha despedido á los diputados, y dando un golpe de Estado con el apoyo del ejército, se ha proclamado Dictador. No es extraño que la prensa monárquica de Europa, trate de beneficiar este último acto de Fontseca, así como la republicana había explotado el primero. Pero la verdad es que en todos esos sucesos del Brasil, para nada han intervenido ni las preferencias, ni las antipatías republicanas ni monárquicas, habiendo sido fraguados en los antros de las logías, en provecho único y exclusivo de aquellos que los prepararon y llevaron á feliz remate, y por esto sólo pueden afectar á los intereses de aquella conturbada región.

---

### INFLUENCIA DE LA IGLESIA EN LA CULTURA DE LA ESPAÑA VISIGÓTICA

*Discurso pronunciado por el Académico Dr. D. Ildefonso Suñol Casanovas, en la Velada pública del día 26 de Abril de 1891.*

(Conclusión)

También florecía la elocuencia entre los que habían escapado á las iras arrianas. Justiniano y Elpidio en las comarcas de más acá del Ebro, Liciniano en la Cartaginense, Severo en la

Bética y Apringio en la extensa Lusitania, cultivaban la oratoria con asombrosos éxitos. No era aún en esta época, como había ya sido en los primeros siglos del Cristianismo, en el Oriente, brillante y atildada, sino severa, llana, majestuosa y convincente; hablaba á la inteligencia con argumentos indestructibles; llamaba á las puertas del corazón, no con arrebatadores tonos, sino con acentos mesurados y graves.

La memorable tragedia de San Hermenegildo, constituye el último quejido de dolor de los católicos. El pensamiento político de los Obispos arrianos, de lograr la ansiada unidad por medio de la imposición violenta de su secta, es vencido por el pensamiento religioso de los Obispos católicos, de edificar la unidad sobre la firme base de los cánones del primer Ecuménico, cuyos esplendores iluminaban las conciencias, aún á pesar de las resistencias desesperadas de los correligionarios fanáticos de Goswinta. Y aparece, por fin, en la escena de la Historia la figura inmortal de Recaredo, quien abjura en el tercer Concilio de Toledo sus errores arrianos, y proclama con entereza sus católicas creencias, entre los aplausos de los Padres del Sinodo, cuyos cánones fueron ensalzados por la lira armoniosa de San Leandro, que dirigiéndose á la Iglesia española, tiernamente exclamaba:

«No llores ya ni te vistas de luto, por los que de tí se habían separado temporalmente.... Levántate fortificada en la fe y en el merecimiento de tu Cabeza. Sé tu misma fe robusta, pues en los dones que hoy recoges, ves realizadas tus promesas en otro tiempo repetidas.»

Señores: Cuando esto acontecía, cuando por la voluntad de Dios, España había realizado felizmente la unidad religiosa, se estaba terminando la grande obra de la unidad política y jurídica de la patria, á la cual contribuyeron hombres ilustres, que es preciso de todo punto enumerar, tratando como tratamos, de los siglos VI y VII de la era cristiana.

El nombre de S. Isidoro basta por sí solo para enaltecer la época en que vivió. Educado en la escuela fundada por su hermano S. Leandro, llegó á ser tan eminente en todos los ramos del saber humano, que pasma y asombra leer sus obras; por cuyo conducto los monumentos de la ciencia antigua han debido pasar á nuestro tiempo, marcados con el indeleble sello de su

genio. Nada se ocultó á su inteligencia, ni se escapó ningun detalle á su erudición inagotable. Brilló como teólogo y como orador sagrado, confundiendo á los acéfalos en el concilio celebrado en Sevilla en 619; como legislador, en el Concilio IV de Toledo, dictando sabias leyes; como poeta, introduciendo el uso de la rima y escribiendo su gallardo poema, «De fabrica mundi;» como naturalista, publicando por encargo expreso de Sisebuto la obra, «De natura rerum,» en la que con gran claridad explica los maravillosos fenómenos del Universo físico; como historiador, dando á conocer su Crónica de los Varones ilustres, en que siguió las huellas de Plutarco, y sus Anales de los Reyes godos, en los que resplandece una imparcialidad extraña á los apasionamientos casi inevitables de su tiempo; como pontifice y sacerdote, explicando y comentando las Sagradas Escrituras, y dictando reglas á los clérigos para llevar una vida conforme á su estado y digna de su ministerio elevadísimo.

Pero, la obra más notable de Isidoro, es los «Orígenes ó Etimologías,» escrita expresamente para la enseñanza de los afortunados alumnos de la Escuela Sevillana. Allí, Señores, se hallan compilados todos los conocimientos de su época. En la Gramática, acumula todos los datos filológicos de la antigüedad clásica; en la Poética, resplandecen los más rutilantes destellos de los parnasos griego y latino; distingue admirablemente la fábula de la Historia; estudia la elocuencia en sus variadas formas; introduce la dialéctica aristotélica, y depura la Matemática y la Medicina de los misterios cabalísticos, y la Astronomía de las supersticiones astrológicas, con que las confundieron y las velaron las ciencias orientales, excesivamente difundidas por Europa. En aquella obra, Señores, existen compilados los anales del Mundo, las vicisitudes de las herejías y las monografías de los heterodoxos, la tradición griega sobre la música y sus orígenes más remotos, y todo cuanto se sabía de artes, de industrias, de geografía, de descubrimientos, de indumentaria y de costumbres.

El genio de Isidoro echa raíces y fructifica en el espíritu de otros hombres. Imposible enumerarlos siquiera en este momento, sin riesgo de molestar la benevolente atención que me estais prestando; pero no puedo prescindir de recordar el nombre de S. Braulio, poeta y literato, fundador de la Escuela cristiana aragonesa, revisor ilustradísimo de la obra inmortal de su maestro;

los nombres de Máximo, Obispo de Zaragoza, y de Conancio, Obispo de Palencia, autores de piadosos himnos; el de Eugenio de Toledo, político profundo del Concilio VIII; los del Arzobispo Julián y del diácono Paulo, historiadores insignes; el del Obispo Tajón, que busca con actividad infatigable los libros morales de S. Gregorio Magno, los halla, por inspiración divina, en la Ciudad Eterna, y los trae á España, ansioso de propagar en esta tierra las doctrinas del Santo, bajo la forma de la deleitosa y dulcísima palabra del artista; y sobre todo, Señores, el nombre inmortal de S. Ildefonso, que á los méritos de sus contemporáneos reúne la gloria de haber sido el defensor tierno y elocuente de la virginidad de Maria. ¡Grande y armonioso coro de sabiduría y de virtudes, que debió asombrar á la Europa de aquel tiempo, y que enaltecerá á nuestra patria para siempre en las páginas indestructibles de la Historia!

La unidad religiosa había llevado consigo las demás unidades que delinearon por vez primera nuestro genio nacional. Buena prueba de ello constituye el Fuero Juzgo, en cuyas elevadas máximas, que no otra cosa son algunas de sus leyes memorables, se ve la experta mano del clero visigótico, como así lo han reconocido escritores tan poco sospechosos como Gibbon, Guizot y Romey.

Y realmente, Señores, era admirable la constitución política y social de nuestra España en aquellos remotos tiempos. Una estrecha unión existía entre la Iglesia y el Estado, misión conforme á las exigencias de su naturaleza respectiva y á la armonía de sus peculiares fines. El Estado necesitaba el apoyo de la Iglesia, porque nacido de la conquista y de la guerra, tenía contra sí las antipatías y los odios de los vencidos, afectos á aquélla; la intervención pacificadora y amigable de los Obispos, era con frecuencia reclamada, sobre todo cuando alteraban la tranquilidad pública, las agitaciones consiguientes al fallecimiento del monarca y á la elección del que debía sucederle. La Iglesia, por su parte, gozaba de la protección decidida del Estado, y así su constitución exterior fué cada día más sólida y sus autoridades más respetadas, lo cual era muy necesario teniendo en cuenta sus pocas relaciones con Roma, á consecuencia de la dificultad de comunicación; relaciones, sin embargo, que existieron siempre como así lo demuestran innumerables ejemplos, que no es del caso ci-

tar más que cuando se hace la afirmación inexacta de que la Iglesia visigoda, era una Iglesia independiente, á manera de la que heréticamente soñaron los galicanos del siglo xvii. Prestó además la Iglesia al Estado, el señaladisimo servicio de legislar en los diez y nueve Concilios de Toledo, y á la Sociedad, el de haberse constituido en amparadora de los derechos y de los intereses populares, velando por el cumplimiento estricto de las leyes, y haciendo oír más de una vez á los monarcas la voz implacable y severa de la Moral.

La España visigótica había llegado así, á un estado de equilibrio y de armonía entre todos los elementos de vida, que constituye aún hoy un ideal de buen gobierno, señalado á los legisladores por algunos hombres eminentes en la Filosofía del Derecho. La religión, considerada como el medio de alcanzar el supremo y primordial fin del hombre, infiltraba su benéfico y suave espíritu en todos los demás órdenes de la vida. Jamás se ha visto en ningún pueblo una alianza más íntima, una concordia más leal y franca, una unión más poderosa, que la alianza, la unión y la concordia que existían entre la Iglesia católica y el Estado visigótico.

Sólo rompiéndose, como más tarde se rompió, esa armonía maravillosa, se explica la rápida decadencia de aquella monarquía que, un día, pudo juzgarse imperecedera; sólo así se explica que pudiese desaparecer, después de una sola derrota en las márgenes fatídicas del Guadalete. La ambición desenfadada de los nobles, los crímenes con que escalaban el trono, los desórdenes en que cayó aquella oligarquía, más enemiga del sosiego público á medida que iba separándose de las enseñanzas de la Iglesia, las crueldades ejercidas con los judíos á quienes se bautizaba, á veces, por fuerza contra lo mandado en los sagrados cánones, la espantosa corrupción de las costumbres que llegó hasta el punto de reproducirse las fiestas gentílicas del Anfiteatro y del Circo, consagrándolas sacrilegamente á la memoria de Cristo y de los Santos; todos esos defectos, anatematizados por los Concilios y por los Obispos, fueron otras tantas causas de aquella caída tan vertiginosa, que no tiene ejemplo en los anales de las Naciones.

Desaparecida la armonía entre la Iglesia y el Estado, éste era un cuerpo ya sin vida, que se mantenía en pie por la inercia,

pero que debía desplomarse y reducirse á polvo al primer soplo de aquel huracán violentísimo que llevaban consigo las fanáticas hordas del Profeta. El pueblo romano-hispano había llevado la victoria más allá de sus justos límites; el elemento fecundo y sano de la cultura latina, resucitado por la Iglesia y por los Padres, fué cayendo en el olvido, en tanto que renacían la corrupción y el escándalo de los últimos días de la degradada Roma. Y así como los bárbaros del Norte fueron el castigo providencial del carcomido Imperio de Occidente, así también las irrupciones de los bárbaros del Mediodía destruyeron el Estado visigótico, obligando á los españoles á trabajar de nuevo por la unidad perdida, lavando sus impurezas primitivas con los raudales de lágrimas y de sangre que hizo derramar la Reconquista.

Señores: He expuesto ya concisamente las observaciones que me ha sugerido el estudio de la cultura visigótica; pero no quiero concluir, sin dejar sentada la afirmación de que la obra realizada por la Iglesia, no murió definitivamente en la batalla de Guadalete. Porque, aparte de cuanto llevo dicho respecto á las consecuencias vivientes aún de la cultura de aquella época, no podemos olvidar nunca que entonces, en aquel período relativamente corto, empezó á adquirir vida propia é independiente nuestra patria; no podemos olvidar nunca que cuando Recaredo proclamaba la unión de la Iglesia y del Estado en el tercer Concilio de Toledo, cuando el Fuero Juzgo era código vigente para todos, cuando se fundían en una sola las dos razas latina y goda, armonizando sus opuestos caracteres y sus costumbres distintas; cuando Leandro, Isidoro, Ildefonso y Braulio echaban los cimientos de nuestra cultura, entonces era, Señores, cuando la nacionalidad española, por algún tiempo deshecha, pero que debía reconstituirse ante los muros de Granada, brotaba viril y fuerte de las entrañas de la Historia.

HE DICHO.

